

El infortunio del totalitarismo y el desafío de la pedagogía crítica
The curse of totalitarianism and the challenge of critical pedagogy

Henry Giroux¹ | Traducción: Laura Proasi²

Resumen

Como elemento central de la política cultural, la pedagogía crítica, en sus varias formas, relacionada con el proyecto en marcha de democratización, puede brindar las oportunidades para educadores y otros actores culturales para redefinir y transformar las conexiones entre el lenguaje, el deseo, el significado, la vida diaria y las relaciones materiales de poder como parte de un movimiento social mucho más amplio que reclame la promesa y las posibilidades de una vida pública democrática. La pedagogía crítica es peligrosa para muchos educadores y otros porque les brinda a los estudiantes las condiciones para desarrollar sus capacidades intelectuales, se empoderen y adoptar el sentido de la responsabilidad social.

Dada la amenaza del totalitarismo que acecha a los Estados Unidos, la resistencia no es simplemente algo a considerar; es tanto una necesidad como un llamado urgente.

Summary

As a central element of a broad-based cultural politics, critical pedagogy, in its various forms, when linked to the ongoing project of democratization, can provide opportunities for educators and other cultural workers to redefine and transform the connections among language, desire, meaning, everyday life and material relations of power as part of a broader social movement to reclaim the promise and possibilities of a democratic public life. Critical pedagogy is dangerous to many educators and others because it provides the conditions for students to develop their intellectual capacities, hold power accountable and embrace a sense of social responsibility.

Given the shadow of totalitarianism that haunts the United States, resistance is not simply something to consider; it is both a necessity and an urgent call.

Palabras claves: totalitarismo;
pedagogía crítica; política cultural;
democracia radical

Key Words: totalitarianism;critical
pedagogy;cultural politics; radical
democracy

Fecha de Recepción: 16/02/2017
Primera Evaluación: 10/03/2017
Segunda Evaluación: 30/04/2017
Fecha de Aceptación: 23/06/2017

“La memoria es enemiga del totalitarismo” A. Camus

Las fuerzas del fundamentalismo del libre mercado están en marcha colocándonos en un plano aterrador; en lo que Hannah Arendt una vez llamó “Tiempo Oscuros”. En todo el mundo, la tensión entre los valores democráticos y el fundamentalismo de mercado han llegado a un punto de quiebre.

El contrato social está bajo amenaza. El Neo-nazismo está en ascenso, el populismo de derecha está llevando a candidatos políticos extremistas y a los movimientos sociales a la línea de batalla de la vida política, posturas anti-inmigrantes se esconden en la lógica malévola del nacionalismo y excepcionalismo. El racismo se ha convertido en rasgo característico de la audacia celebrada y la política de desecho se acerca peligrosamente al fin de la exterminación para aquellos considerados sobrantes.

Bajo tales circunstancias, se hace espantosamente claro que las condiciones del totalitarismo y la violencia estatal siguen acompañándonos reprimiendo el pensamiento crítico, la responsabilidad social, la imaginación ética y la política misma.

En los Estados Unidos, la extrema derecha en ambos partidos políticos ya no necesita la comodidad de una falsa ideología en la cual se recurre al bien común, a la decencia y a los valores democráticos. Por el contrario, el poder está concentrado ahora en manos de relativamente poca gente y en las cor-

poraciones, entendiendo que el poder es global y libre de las políticas limitadas de un Estado democrático. De hecho, el Estado, en todo sentido, se ha convertido en un Estado corporativo.

El poder dominante está muy visible ahora, sus políticas, prácticas y el efecto demoleedor que han impuesto sobre la sociedad parece ser más desenfrenado.

Cualquier noción comprometedora de ideología ha sido reemplazada por un discurso de mando y certeza respaldado por la militarización de las fuerzas de seguridad locales, la vigilancia estatal. Todos los recursos mostraron su poder a través de la cultura del miedo y un Estado sancionador alineado con la guerra permanente al terrorismo.

El juicio crítico ha dado lugar a un aparato mediático de control ejercido por las corporaciones que festeja la banalidad del equilibrio y el espectáculo de la violencia, mientras hace cumplir las políticas y los sistemas de valores de las élites financieras.

Siguiendo a Arendt, una nube negra de ignorancia política y ética ha descendido sobre los Estados Unidos provocando una crisis de memoria y acción.

La inconsciencia se ha vuelto algo que ahora ocupa un lugar hasta célebre en la escena política y en la mayoría de los sistemas culturales. Una nueva clase de infantilismo y de cultura de la ignorancia dan forma a la vida diaria así como el gobierno transfiere una especie de estupidez anti-intelectual evidente en la cháchara banal producida por Fox News, la cultura de los famosos, las escuelas

inspiradas en cárceles, y políticos que apoyan el creacionismo, que argumentan contra el cambio climático y denuncian casi cualquier forma de razón.

A la educación ya no se la toma como un derecho público, más bien, como un derecho privado, así como el pensamiento crítico es desprestigiado como necesidad fundamental para formar e involucrar socialmente al pueblo.

La política se ha convertido en una extensión del conflicto, precisamente como una incertidumbre económica sistémica y la violencia fomentada por el Estado encuentra cada vez más legitimación en los discursos de privatización y demonización; lo cual promueve la ansiedad, el pánico y el miedo moral, debilita cualquier sentido de responsabilidad comunitaria por el bienestar de los demás.

Mucha gente hoy aprende rápidamente que su destino es solamente una cuestión de responsabilidad individual, independientemente de las fuerzas estructurales más amplias. Esto se trata de una ideología hiper competitiva promovida con el mensaje de que sobrevivir en una sociedad requiere reducir las relaciones sociales a formas de enfrentamientos sociales. La gente hoy espera poder llevar a cabo relaciones en las cuales la única obligación sea vivir para ellos mismos y reducir las responsabilidades de la ciudadanía a las demandas de la cultura consumista. Además, hay más trabajo que hacer más allá de evadir la responsabilidad social, incluso la política misma. Esa pérdida es de importancia

para los lazos sociales, los modos de razonamiento colectivo, las esferas públicas y los sistemas culturales que son cruciales para la conformación de una sociedad democrática sustentable.

Con el retorno de los Años Dorados, y el sueño de las sociedades de consumo, la privatización y la desregulación, están en riesgo tanto los valores democráticos como las protecciones sociales. Al mismo tiempo, las culturas cívica y formativa que colocan en un lugar central a esos valores y protecciones para la vida democrática están en peligro de ser eliminadas en su conjunto.

A medida que la mentalidad de mercado encorseta fuertemente todos los aspectos de la sociedad, las instituciones democráticas y las esferas públicas se recortan, si no es que desaparecen todas juntas.

Al esfumarse esas instituciones – desde las escuelas públicas hasta los centros de salud- se produce también una grave erosión de los discursos de la comunidad, de la justicia, de la equidad, de los valores públicos y del bien común.

Una de las consecuencias es una sociedad desprovista de sus esferas públicas inspiradoras y dinamizadoras y la dificultad de encontrar la malla fina de las obligaciones mutuas y de las responsabilidades sociales en cualquier democracia viable.

Esta realidad nefasta marca la falla en el poder de la imaginación cívica, en la voluntad política y en la democracia abierta.

También es parte de la política poner

al descubierto lo social en cualquier ideal democrático y socava toda comprensión de la Educación Superior como bien público y de la pedagogía como una práctica de empoderamiento, como una práctica que actúa directamente sobre las condiciones que se imponen a nuestras vidas para poder cambiarlas cuando sea necesario.

En momentos donde el bien público está bajo amenaza y parece haber una apatía creciente hacia el contrato social, o hacia cualquier otra inversión con orientación cívica en valores públicos y en el bien común, la educación tiene que ser vista más que como una acreditación o un camino al empleo. Tiene que ser considerada como crucial para poder entender y superar la crisis actual de acción; la política y la memoria histórica son enfrentadas por muchos jóvenes hoy. Uno de los desafíos de cara a la generación actual de educadores y alumnos es la necesidad de reclamar el rol que ha jugado históricamente la educación en el desarrollo de competencias críticas y capacidades cívicas.

Hay una necesidad de utilizar a la educación para movilizar a los alumnos para que sean sujetos críticos comprometidos, preocupados por direccionar cuestiones sociales importantes y estando alerta a la responsabilidad de profundizar y expandir el sentido y la práctica de una democracia dinámica.

En el corazón de tal desafío está la pregunta de qué tipo de educación debería lograrse en una democracia. ¿Qué tipo de trabajo tienen que hacer los

educadores para crear las condiciones económicas, políticas y éticas necesarias para dotar a los jóvenes de las capacidades de pensar, cuestionar, dudar, imaginar lo inimaginable y defender la educación como esencial para inspirar y dinamizar a la gente que se necesita para una democracia sólida?

En un mundo en el cual existe un incremento en el abandono de los valores democráticos y de la igualdad, qué se necesitará para educar a los jóvenes para desafiar a la autoridad y en palabras de James Baldwin: “Robarle a la historia su poder tiránico e iluminar esa oscuridad, hacer brillar los caminos hacia el vasto bosque, así nosotros no, en todos nuestros quehaceres, perdemos de vista el propósito, el cual es, después de todo, hacer del mundo un lugar mucho más humano”.

¿Qué rol debería tener la educación y la pedagogía crítica en una sociedad en la cual lo social ha sido individualizado, la vida emocional colapsa en lo terapéutico y la educación es relegada hacia las cuestiones privadas o hacia una especie de modo algorítmico de regulación en donde todo se reduce a un resultado económico medido y esperado?

Las olas de información ahora reemplazan a la política y el concepto de progreso se define a través de la estrecha cultura métrica: medición y eficiencia. En una cultura ahogándose en un nuevo escándalo amoroso con el empirismo y los datos, lo cual no es medible.

Perdidos aquí están los registros de la compasión, el cuidado del otro, la imagi-

nación radical, la visión democrática y la pasión por la justicia. En su lugar emerge lo que Francisco Goya expresa en uno de sus grabados: “El sueño de la razón produce monstruos”. El título de Goya es muy sugestivo, particularmente acerca del rol de la educación y la pedagogía en la tarea de convencer a los alumnos para que sean capaces de reconocer, como lo puntualiza mi colega David Clark: “Esa desatención a la tarea interminable de criticar a los que engendran horrores: la falla de la conciencia, las guerras contra el pensamiento y los coqueteos con la irracionalidad que yace a los pies del triunfo de la agresión cotidiana, la destrucción de la vida política y la caída en obsesiones privadas”.

Dadas las múltiples crisis que acechan a la coyuntura histórica actual, los educadores necesitan un lenguaje nuevo para atender a los contextos cambiantes y a las cuestiones que enfrentan a un mundo en el cual existe una convergencia de recursos sin precedentes: financieros, culturales, políticos, económicos, científicos, militares y tecnológicos; los cuales están siendo utilizados de forma creciente para concentrar formas de control y dominación poderosas y diversas.

Esta clase de lenguaje necesita ser político sin ser dogmático y tiene que reconocer que la pedagogía es siempre política porque está conectada a la lucha por sobre la gobernabilidad. En esta instancia, hacer de lo pedagógico algo más político significa estar atentos a “aquellos momentos en los cuales se construyen las identidades y se forman los grupos o cuando se crean objetos”.

Al mismo tiempo significa que los educadores tienen que estar atentos a aquellas prácticas en las cuales son negadas las formas críticas de acción y las identidades. Por ejemplo, la Junta del Distrito Escolar Unificado de Tucson no sólo eliminó los famosos programas de estudios México-americanos, sino que además prohibió un gran número de libros de Chicanos y nativos americanos por considerarlos peligrosos.

La prohibición incluyó *La Tempestad* de Shakespeare, *Pedagogía del Oprimido* del famoso educador brasileño Paulo Freire. Este acto de censura establece un caso particular de conflicto alarmante que se ha desatado en los Estados Unidos contra no sólo los jóvenes marginados por cuestiones de raza y clase, sino también contra de los espacios de prácticas pedagógicas que hacen posible el pensamiento crítico.

Dichas acciones sugieren la necesidad de desarrollar formas de pedagogía crítica que no sólo inspiren y dinamicen. Deben ser capaces también de desafiar al gran número creciente de prácticas y políticas antidemocráticas mientras restablece un proyecto democrático radical que brinde la base para imaginar una vida más allá del orden social inmerso en desigualdad, degradación del medioambiente y la elevación a ideales nacionales de la guerra y la militarización.

Bajo esas circunstancias, la educación se convierte en más que una obsesión con estrategias de responsabilidad, cultura de auditoría, valores de mercado y una inmersión irreflexiva

en una sociedad crudamente empírica, dirigida por el mercado y obsesionada con la información. Se hace parte de una cultura formativa en la cual prevalece la inconsciencia, campo fértil para la base del infortunio del totalitarismo.

En épocas de mayor represión, es crucial que los educadores rechacen la noción de que la educación superior es simplemente un lugar para entrenar a los alumnos para su ingreso a la fuerza laboral; y que la cultura de la educación superior es sinónimo de la cultura de los negocios.

La cuestión aquí es la necesidad de educadores que reconozcan el poder de la educación creando culturas formativas para poder desafiar las amenazas que se movilizan en contra de las ideas de justicia y democracia mientras se lucha por las esferas públicas, los ideales, los valores y las políticas que ofrecen modos alternativos de identidad, pensamiento, relaciones sociales y políticas.

Tanto en los discursos conservadores como en los progresistas, se trata a la pedagogía, a menudo, como una serie de estrategias y habilidades para utilizar con el propósito de enseñar asignaturas prefijadas. En este contexto, la pedagogía se convierte en sinónimo de enseñanza como técnica o práctica de una habilidad al estilo de un oficio.

Cualquier noción viable de pedagogía crítica debe sostenerse en las limitaciones de su definición y en sus características serviles sin fin incluso cuando se la hace parte de un discurso radical o de un proyecto. En oposición a la reduc-

ción instrumental de la pedagogía como método —la cual no tiene herramientas para relacionarse con la vida pública, con la responsabilidad social o con las demandas de ciudadanía— la pedagogía crítica echa luz sobre las relaciones entre el conocimiento, la autoridad y el poder.

Lo central para cualquier noción viable de lo que hace a la pedagogía crítica es, en parte, el reconocimiento de que la pedagogía es siempre un intento deliberado de parte de los educadores de influir en cómo y qué conocimiento y subjetividades se producen dentro de situaciones particulares de relaciones sociales. Esta aproximación a la pedagogía crítica no reduce la práctica educativa al dominio de las metodologías; en cambio enfatiza la importancia de entender lo que en verdad sucede en las aulas y en otros espacios educativos haciendo preguntas en torno a cuál es la relación entre aprendizaje y cambio social, cuál conocimiento es más válido, lo que significa saber algo, y en qué dirección uno debe desear.

La pedagogía tiene que ver siempre con el poder porque no puede separarse de cómo se forman las subjetividades, de cómo se movilizan los deseos; algunas experiencias son legitimadas y otras no; o cómo algunos conocimientos son considerados aceptables mientras otras formas se excluyen de los diseños curriculares.

Paulo Freire creía que la pedagogía es siempre una forma de intervención en el mundo porque es imposible separar la enseñanza del contenido, las teorías, los

valores, los relatos sobre las relaciones con uno mismo, con los otros y con el mundo de cómo uno se forma ética y políticamente. Consecuentemente, rechazó la noción de que la educación es neutral al tiempo que hizo suya la de autoridad que definió como auto-reflexiva, profesionalmente competente y dispuesta a brindar las condiciones para que los alumnos “pregunten, duden, y critiquen”.

Para Freire, los ciudadanos no se desarrollan como consecuencia de la eficiencia técnica. Tampoco lo hacen bajo condiciones pedagógicas que ahogan la imaginación o desconectan las condiciones pedagógicas para involucrar a los alumnos en el diálogo crítico, dinamizándolos para que se hagan socialmente responsables, dejando claro que la pedagogía que importa tiene relación con el cambio social.

Aprender a pensar críticamente sobre el mundo que los rodea está inextricablemente relacionado con el pensar críticamente en uno y su formación social. Para Freire, la clase y cualquier otro espacio pedagógico viable es aquel en el que los alumnos se encuentran con su propio poder, realizan conexiones con otros y cultivan su propio sentido de acción bajo condiciones en las que se involucran recuerdos, contextos históricos, y abrazan el derecho a soñar. Freire es bastante claro sobre lo que significa ser un educador crítico.

La pedagogía es una práctica moral y política porque ofrece versiones y visiones particulares de la vida cívica, de la comunidad, del futuro y de cómo de-

bemos construir las representaciones de nosotros mismos, de los otros, y nuestro ambiente físico y social.

Pero también representa una versión de nuestros propios sueños, de los de nuestros niños, y los de nuestras comunidades. Pero esos sueños nunca son neutrales; son siempre los sueños de alguien al grado de que están implicados en la organización del futuro para otros; siempre tienen una dimensión moral y política.

Es en este punto donde cualquier discusión sobre pedagogía debe comenzar con la discusión de la práctica educativa como forma particular en la cual el sentido de identidad, lugar, valor y, sobre todo, donde los valores surgen de las prácticas que organizan el conocimiento y el significado.

Para mi argumentación es central asumir que la política no se trata sólo del ejercicio del poder económico y político, sino además, como señala Cornelius Castoriadi, tiene que ver con decisiones políticas y elección de valores. Lo cual indica que las preguntas de la educación cívica y de la pedagogía crítica (aprender a cómo convertirse en un ciudadano habilidoso) son centrales para la lucha sobre la acción y la democracia.

En esta instancia, la pedagogía crítica enfatiza la reflexión crítica, superando la brecha entre el aprender y la vida cotidiana, entendiendo la conexión entre poder y conocimiento y extendiendo los derechos democráticos y las identidades utilizando recursos de la historia y la teoría. No obstante, entre muchos

educadores y teóricos sociales, hay una negativa generalizada para reconocer que la educación no se da solo en las escuelas, sino también a través de lo que puede llamarse la naturaleza educativa de la cultura. Esto es, existe una variedad de instituciones culturales que abarcan desde la corriente mediática hasta las nuevas culturales digitales que se involucran en lo que yo llamo formas de pedagogía pública; las cuales son centrales para las tareas ya sea tanto de expandir y habilitar acciones políticas y cívicas o de inhabilitarlas.

En juego está el reconocimiento de que la pedagogía es central para la política en sí misma porque se trata de cambiar la manera en que la gente ve las cosas, reconociendo que la política es educativa, y como nos recuerda Pierre Bourdieu, “las formas más importantes de dominación no son sólo económicas, sino también intelectuales y pedagógicas, y yacen del lado de la creencia y la persuasión”.

Como práctica de la libertad, la pedagogía crítica tiene que anclarse en un proyecto que no sólo problematice su propia ubicación, sus mecanismos de transmisión y sus efectos, sino también las funciones como parte mayoritaria del proyecto para ayudar a los alumnos a pensar críticamente sobre cómo los acuerdos sociales, políticos y económicos que existen pueden llegar a ser más adecuados para responder a la promesa de una nueva democracia. Entendida como forma de esperanza educada, la pedagogía, en este sentido, no es un antídoto para la política, o un deseo

nostálgico de un tiempo mejor o de un futuro alternativo inconcebible.

Por el contrario, es un intento de encontrar un puente entre el presente y el futuro, en aquellas fuerzas dentro del presente que son potencialmente capaces de transformarlo.

Quiero finalizar insistiendo en que la democracia empieza a fallar y la vida política se empobrece ante la ausencia de esferas públicas consideradas vitales, como la educación pública, en la cual los valores cívicos, la escolaridad y el compromiso social permiten una mejor comprensión de un futuro imaginable que tome en serio las demandas de justicia, equidad y coraje cívico.

La democracia debe ser un camino para pensar en educación; un camino que crezca conectando la equidad a la excelencia, aprendiendo de la ética y la acción hacia los imperativos de responsabilidad social y del bien público. Puede que vivamos en “Tiempos Oscuros”, pero el futuro sigue abierto. El momento de desarrollar un lenguaje pedagógico ha llegado; lenguaje en el cual los valores cívicos, la responsabilidad social y las instituciones que los apoyan se conviertan en centrales para darle vigor y fortificar a la nueva era de imaginación cívica; un renovado sentido de acción social y un movimiento social internacional apasionado con una visión, organización y estrategias para desafiar a las fuerzas antidemocráticas que se están tragando al planeta.

Dada la sombra del totalitarismo que acecha a los Estados Unidos, la resisten-

cia no es simplemente algo a considerar; es tanto una necesidad como un llamado urgente para levantarse y una vez más tomar los reinos de la lucha colectiva con el objetivo puesto en una democracia radical.

NOTAS

1. The curse of Totalitarianism and the challenge of Critical Pedagogy. Truthout /News Analysis. October 15, 2015.<http://www.truth-out.org/news/item/33061-the-curse-of-totalitarianism-and-the-challenge-of-critical-pedagogy>
2. Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Especialista en Docencia Universitaria-UNMDP. Jefa de Trabajos Prácticos en la asignatura Problemática Educativa. Departamento de Ciencias de la Educación. Facultad de Humanidades. UNMDP. Es miembro del Grupo de Investigaciones en Educación y Estudios Culturales (GIEEC) y de CIMED (Centro de Investigaciones Multidisciplinares en Educación). Email: lauraproasi@gmail.com